perios profesaren la Fe y obediencia del mismo Cristo.

Y fué piedra y no rayo ú otro instrumento la que derribase la estatua, porque no sólo Cristo era Piedra. (I. Cor. 10. 4). *Petra autem erat Christus*, sino también su Vicario es piedra: Matth. 16, 18. *Tu es Petrus, et super hanc Petram aedificabo Ecclesiam meam.*

Mas en el mismo tiempo ha de tener segundo Vicario. Si el texto excluye esta segunda piedra, maravillosamente alude á ella.

. . . .

Ahora bien. *Spes quae diffetur, affligit animam*, dice la Verdad Divina, y lo sabe y siente bien la experiencia y paciencia humana; aunque sea muy segura, firme y bien fundada la esperanza, es un tormento desesperado el esperar. Muy seguras eran las promesas de los antiguos Profetas; mas cansábase tanto el deseo en la paciencia de esperar por ellas, que venían á ser fábula del vulgo en Jerusalén (así lo son hoy de otro *vulgo*) las esperanzas de los Profetas. Esperaron, reesperaron y desesperaron aquellos hombres, porque en muchas cosas de las que les prometían las profecías, primero se acababa la vida que llegase la esperanza.

Dejaron los padres en testamento la esperanza á los hijos y los hijos á los nietos, y ni éstos, siendo entonces las vidas más cumplidas, llegaban á ver el cumplimiento de lo que tan largamente habían esperado. Lo mismo pueden argüir los que hoy viven con las esperanzas que yo les prometo. Grandes son esas esperanzas; mas ¿cuándo se han de cumplir? Por ahora sólo digo que no me atreviera yo á prometer esperanzas, si no fueran esperanzas breves.

San Pablo, aquel Filósofo del tercer cielo, desafiando todas las criaturas, y entre ellas los tiempos, dividió los futuros en dos: *neque instantia, neque futura.* Un futuro que está largo y otro futuro que está cerca, uno que ha de venir y otro que ya viene; un futuro

que mucho tiempo ha de ser futuro, *neque futura,* y otro que en breve ha de ser presente, *neque instantia.* Este segundo futuro es el de mi historia, y estas las breves y deleitosas esperanzas que ofrezco. *Esperanzas que han de ver los que viven, aunqne no vivan muchos años. Vivid, vivid vosotros los que merecéis vivir en este venturoso siglo; esperad en el Autor de tan extrañas promesas, que quien os dió las esperanzas, os mostrará el cumplimiento de ellas.*

IX

Observaciones de Lipsio.

En gracia únicamente de los que no se cansaron de leer lo que hasta ahora tengo dicho, lo quiero establecer con testimonios agenos y sin sospecha. Y éstos ¿de quién? De todos aquellos autores y autoridades que la pueden dar con fundamentos á los sucesos futuros. Oiremos, pues, primero los históricos, luégo los matemáticos, después los políticos, después de éstos, y con mayor veneración, los Santos y Varones alumbrados por Dios; y en fin, los mismos mahometanos; y veremos como todos concuerdan en que la victoria final del imperio del Turco y el universal de todo el mundo, está destinado por Dios para nuestro reino.

(Omitimos, por innecesarios y superficiales, los testimonios que el autor toma de historiadores y matemáticos).

Bajemos desde el cielo á la tierra, y de las observaciones de los matemáticos á las de los políticos, que las hacen de más cerca. Muchos pudiera alegar; mas entre todos, y por todos, me contentaré con el juicio de uno, que con las voces y sentencias de todos profesó felizmente ser maestro de la Política. Este es Justo Lipsio, varón incomparable en las noticias del mundo

antiguo y moderno, y ninguno más diligente observador de las declinaciones y aumentos de los reinos é imperios, y de las causas por que unos se levantan, otros caen; unos dominan, otros sirven; unos crecen, otros se desminuyen; unos nacen, otros mueren, y casi debajo de la sepultura algunos tal vez resucitan.

En el capítulo diez y seis del primer libro de la Constancia, después de haber mostrado este grande autor, con un largo y elocuentísimo discurso, que ninguna cosa hay en el mundo que tenga firmeza ó haya sido ó parezca hoy grande, llegando á la potencia de los turcos, y acabando con ellos, dice así:

«*Adeste etiam pelliti vos Scytae (ob Turcas dico, qui ex illis) et potenti manu paulisper habenas temperate Asiae, atque Europae. Sed isti ipsi mox discedite, et Sceptrum relinquite illi ad Occeanum genti. Fallor enim? An Solem nescio, quem novi Imperii surgentem video ab Occidenie?* Entrad vosotros también en este número, oh escitas, antiguamente vestidos de pieles, que hoy con el nombre de turcos domináis con poderosa mano, y tenéis en ella las riendas del Asia y de la Europa. Mas vosotros perderéis presto el lugar que tenéis, y le dejaréis á aquella gente habitadora de allá del Océano. ¿Por ventura me engaño yo? ¿O estoy viendo que del Occidente nace y se levanta el sol de un nuevo Imperio?»

Finalmente, para que el mismo Autor sea el intérprete de este su pensamiento, en el cuarto libro *de la Grandeza Romana*, capítulo último, aludiendo á este Imperio universal, con que lidia en tantas partes de sus escritos, y yendo á decir que vendrá tiempo y caso en que así sea, el compañero con que allí hablaba en Diálogo le fué á la mano, diciendo:

«*Per ignem sermones tui erunt, et vide, ne comburaris:* Repara, Lipsio, que estas tus palabras se meten por el fuego; mira no te quemes».

De donde se sigue manifiestamente, que el fuego y el peligro en que se metía era esperar y prometer otro Imperio dentro de España; porque siendo él vasallo suyo, como flamenco, natural de los Estados Católicos de Flandes, quedaría sospechoso é indicado de menos

devoto y afecto á las felicidades de aquella Monarquía.

Y si alguno con razón preguntare de qué principios se puede inferir políticamente que este Imperio universal y único se ha de levantar en los últimos fines ó rayos del Occidente, respondo: que de la experiencia tenida por las historias, que son aquel espejo inculcado por Salomón en que, mirando á lo pasado, se antevén los futuros. Y aunque dependen éstos de los decretos divinos, por los efectos que los ojos ven de los mismos decretos, no sólo conoce el discurso humano cuáles han sido, mas infiere, casi con certeza, cuáles han de ser.

Así lo notó en otro lugar el mismo Lipsio, advirtiendo y pidiendo se considere, que el poder y dominio del mundo siempre vino caminando ó bajando del Oriente al Occidente: *Nescio, quo Providenciae decreto res, et vigor ab Oriente (considera, si voles) ad Occasum erunt.*

El primer imperio del mundo, que fué el de los asirios, y dominó toda el Asia, también fué el más oriental: de allí pasó á los persas, más occidentales que los asirios: de allí á los griegos, más occidentales que los persas: de allí á los romanos, más occidentales que los griegos: y como ya ha pasado por los romanos, y va llevando su curso al occidente, habiendo de ser, como es de fe, el último Imperio, ¿á dónde puede ir á parar, sino á la gente más occidental de todas?

Mas porque el mismo autor de esta advertencia confiesa que ignora la razón de ella y de la Providencia Divina en tal decreto: *Nescio quo Providenciae decreto*, no será temeridad, ni consideración superflua, decir yo la razón que se me ofrece; y es que Dios, en cuanto Gobernador del mundo, se conforma consigo mismo en cuanto Criador de él. La sabiduría con que Dios gobierna el Universo, es la misma con que le crió; ¿qué mucho, pues, que en el modo del gobierno

y de la creación se parezca la misma sabiduría y el mismo Dios á sí?

Dios crió el mundo en siete días, y vemos que en el gobierno del mismo mundo, en las edades, en las vidas, en las dolencias, en los días críticos y en los años climatéricos, observa siempre los períodos del mismo seteno. Pues así como Dios en el gobierno de la naturaleza observa la proporción de los tiempos, así es de creer que en el gobierno de los imperios observa la proporción de los movimientos. El sol, los cielos, las estrellas, los mares, todos se mueven perpétuamente del Oriente al Occidente: y porque la rueda que los ignorantes llaman de la Fortuna es propia y verdaderamente la de la Providencia Divina, corriendo siempre los movimientos naturales del Universo desde el Oriente al Ocaso, pide la proporción y armonía del mismo Universo, que también corran del Oriente al Ocaso los movimientos políticos.

Así, que no es totalmente violenta la fuerza que muda y deshace los imperios antiguos, y crea y levanta los nuevos; mas en esta misma violencia ó fuerza hay mucho de natural, pues sigue los movimientos y peso de toda la naturaleza. En el Oriente nació el primer Imperio; en el Occidente ha de parar el último.

X

Varias profecías.

Subamos ahora ó otra atalaya más alta, desde la cual con luz más clara descubre Dios los futuros á quien es servido, y más ordinariamente á los que mejor le sirven. De este número fué insigne en una y otra gracia Fray Bartalomé Salustio, ó de Salucia, Religioso de la Orden Seráfica, tan venerado en Roma y toda Italia. pon sus grandes virtudes y celo apostó-

lico, como por las ilustraciones del Cielo que resplandecen en un pequeño volumen y grande libro de sus predicciones, reputadas comunmente por profecías.

Su principal asunto son los castigos de la Cristiandad por las armas y tiranías del Turco, como azote de Dios; y en medio de grandes y lastimosas lamentaciones que hacen horror, arrebatado del mismo espíritu, pasa repentinamente al remedio, que vió venir de lejos, como repentino y no esperado, y rompe en estas palabras:

Ma, si volete odire una cansona,
Verrá de Lisbona
Chiara, et Illustre Persona,
Adorná d' ogni opera bona,
La cui fama risona
In tutta parte elido
Nel Mondo da gran grido.

Quiere decir, que para remedio de aquellos males y opresiones del Turco, irá de Lisboa una persona clara é ilustre, adornada de todas las buenas obras, cuya fama sonará por todas las partes del mar y de la tierra, y dará gran bramido en el mundo; que es el propio término ó frase con que hablan nuestros vaticinios (1).

Cantó estas predicaciones Salustio en la Iglesia de *Ara Coeli* de Roma, delante del Santísimo Sacramento, el año de mil seiscientos y seis, y se han probado con

---

(1) En efecto, son varios los profetas que en este punto anuncian algo importante para Lisboa; pero ninguno supone que el caudillo será sólo rey de Portugal, y todos suponen que lo será de toda la Península Ibérica, que es lo que nosotros hemos dicho varias veces. De manera que todo se reduce á decir: «El Rey de España, que lo será también de Portugal, se moverá desde Lisboa... etc.»

Qué acontecimiento le hará mover, no está claro: unos señalan uno y otros otro. Bug de Milhás dice: «Entonces el Tajo producirá un guerrero, valiente como el Cid, religioso como el Tercer Fernando, que enarbolando el estandarte de la Fe, reunirá en torno de sí innumerables huestes, y con ellas saldrá al encuentro del formidable gigante» (batalla de los Pirineos).

los efectos; de los cuales referiré solamente dos, porque tocan á Portugal. El primero es:

Divisa sara la Hespagna,
Che adesso e tanto magna (1).

A esta predicción tan ilustre juntaré ahora otras dos, tanto más antiguas en el tiempo como menos distantes en el lugar, pues ambas quiso Dios que desde la misma antigüedad quedasen depositadas, no sólo por memoria y tradición, mas por escrito de sus propios autores en los Archivos de Portugal.

La primera es de San Egidio, vulgarmente S. Fray Gil, de la Sagrada Orden de los Predicadores, conservada en el Real Convento de Santa Cruz de Coímbra, en la cual, distintos los vaticinios por números, desde el número 11 hasta el 17, dicen de esta manera:

«11. *Lusitania sanguine orbata regio, diu ingemiscet, et multipliciter patietur; sed propitius tibi Deus, solus a longinquo veniet, et insperate ab insperato redimeris.*
12. *Africa debellabitur.*
13. *Imperium Othomanum ruet.*
14. *Eclesia Martiribus coronabitur.*
15. *Bysantium subvertetur.*
16. *Domus Dei recuperabitur.*
16. *Omnia mutabuntur*».

Cuyo sentido, más fácil de lo que acostumbran las escrituras de este género, es el que sigue:

«*Portugal, huérfano de la Sangre Real, gemirá por mucho tiempo, y padecerá de muchos modos. Mas Dios* (habla con el mismo Reino) *te será propicio. Vendrá la salvación de lejos, y serás redimido no esperadamente POR UN NO ESPERADO*».

Sobre este fundamento tan fidedigno por todas sus circunstancias y cumplimiento de ellas, prosigue el Santo Portugués las felicidades de su Patria, y las consecuencias de la Corona redimida y restaurada, prometiéndole las victorias del *Africa debelada*, del *Im-*

---

(1) «Dividida será la España que ahora es tan grande». ¡Pésense bien estas palabras! Bug de Milhas dijo lo mismo, y se cumple horrorosamente.

perio Otomano caído, de *Bizancio* (Constantinopla), *destruida*, de *la Casa Santa recobrada*, y de *la Iglesia coronada*, no sólo de triunfos, mas de *martirios*, que no pueden faltar en aquella conquista; en fin, la mudanza de todo, *omnia mutabuntur*.

La otra predicción, también doméstica, de Portugal, aunque de extraño origen (si así se puede decir) de padre y de madre, fué hallada en el antiguo y siempre religioso Convento de Alemquer, y escrita, como es tradición, por su Fundador el Santo Fray Zacarías, discípulo del Patriarca San Francisco; el cual de Guimaranes, donde entonces estaba, le envió á edificar aquel Convento. Refiriéndose, pues, á dos oráculos más antiguos, los declara por estas palabras:

«*Isidorus, et Casandra, filia Priami, Regis Trojanorum, concordati in unum dixerunt: In ultimis diebus in Hispania Majori regnabit Rex, bis pie datus: et regnabit per foeminam, cujus nomen inchoabitur per Y graecum, et terminabitur per L; et dictus Rex ex partibus Orientalibus veniet, et regnabit in juventute: ipse expugnabit spurcitias Hispaniarum, et quot ignis non devorabit, gladius vastabit: regnabit super domum Agar, et obtinebit Jerusalem, et super Sanctum Sespulchrum signum Crucifixi ponet, et erit Monarcha Maximus*».

Hasta aquí la traducción latina, sacada del griego. La española, sacada del latín, dice al pie de la letra:

«Isidoro y Casandra, hija de Priamo, Rey de los Troyanos, unidos en el mismo sentido, dijeron: En los últimos días, en la España Mayor reinará un rey dos veces piadosamente dado; y reinará por una mujer, cuyo nombre comenzará en Y griega y acabará en L; y el dicho Rey vendrá de las partes orientales. Reinará en su juventud, y limpiará á España de los vicios inmundos, y lo que no quemare el fuego, destruirá la espada. Reinará sobre la Casa de Agar, conquistará á Jerusalén, fijará la Imagen del Crucificado sobre el Santo Sepulcro y será el mayor de todos los Monarcas».

Son tantos y tan particulares, ó individuales, los misterios de estas palabras, que sólo comentadas se podrán entender bien.

Isidoro y Casandra. Isidoro fué San Isidoro, Arzo-

bispo de Sevilla, cuyas profecías son famosas en España, y el principal sujeto de ellas, el Rey, que llama *encubierto*, y dice que ha de dominar el mundo. Casandra, hija de Priamo, también fué igualmente famosa en la certeza de sus vaticinios, como en la fatalidad de que no fuesen creídos; señal en este caso y unión de Casandra con Isidoro, que las cosas que ellos prometen, ó son increíbles, ó casi, aunque son ciertas. Dice que se unieron y concordaron en lo que ambos afirman aquí; lo cual de ningún modo debe hacer duda, por ser Isidoro cristiano y Santo, y Casandra gentil; porque también las Sibilas (entre las cuales cuentan algunos á la misma Casandra) eran gentiles, y muchas mucho más antiguas que los Profetas (como también Casandra en comparación de Isidoro); y sus Oráculos son tan concordes con los de los mismos Profetas, como se puede ver en San Agustín, Lactancio Firmiano y otros Doctores Católicos.

Dijeron que en los últimos días. Ultimos días, no quiere decir el fin del mundo, sino después de muchos años. Es el término de que usan las Escrituras, hablando de la venida y Misterios de Cristo, que ha más de mil y seiscientos años que vino; y porque aun faltaban muchos para que viniese, decían que vendría en los últimos días: *In novissimis diebus.*

En la España Mayor. España se divide en tres Españas: Tarraconense, Hispanense y Lusitana; y aquélla antiguamente era mayor y más extendida que las otras, como consta de todos los cosmógrafos é historiadores.

Él limpiará las Españas de los vicios inmundos, usando de fuego y hierro. En lo cual se demuestra la Justicia verdaderamente Real y fuerte de este gran Príncipe, sin los respetos y disimulaciones que tanto enflaquecen; y que en la expugnación de los vicios seguirá el aforismo de Hipócrates: «*Quod medicamentum non curat, ferrum curat: quod ferrum non curat, ignis curat: quod*

ignis non curat, immedicabile censetur. Lo que no cura el medicamento, lo cura el hierro: lo que no cura el hierro, lo cura el fuego: lo que no cura el fuego, se tiene por incurable». Y nótese, que diciendo arriba España, ahora dice Españas.

Finalmente, *que rinará sobre la Casa de Agar* (que son los agarenos y turcos); *que conquistará á Jerusalén, y pondrá la Imagen del Crucificado sobre el Santo Sepulcro; y que será el mayor Monarca del Mundo*. Todo lo cual viene á ser una breve y expresa confirmación de cuanto ha procurado probar este nuestro discurso.

XI

Tradiciones mahometanas (1).

Prometí por último complemento, aunque no necesario, que después de los oráculos de los Santos oiríamos también las tradiciones ó instintos de los mismos mahometanos, como son pronósticos de la victoria los miedos de los enemigos.

Francisco de Meneses y Jorge de Alburquerque, que quedaron cautivos en Berbería en la pérdida del Rey D. Sebastián, contaban que un alcalde moro, en cuyo poder estuvieron, les dijo muchas veces: que en sus *Mosefos*, ó libros de tradiciones, estaba escrito que en Portugal había de nacer una culebra (2), la cual sería muy arrogante y se querría tragar todo el mundo; y que después de muy adelgazada por varios aconteci-

(1) Hay muchas más de las que aquí refiere el P. Vieyra; pero son muy notables las dos de que hace mérito.

(2) Indudablemente este nacer no se refiere á nacimiento material, sino metafórico, y parece aludir á lo que arriba dijimos en las notas. De todos modos téngase en cuenta que, según San Francisco de Paula, el Gran Monarca desciende de antiguos reyes por Simón de la Limena, y que este español, según algunos autores, era oriundo de Portugal.

mientos, volvería á engrosar como la nube que toma agua, y conquistaría el Africa y sería Señora de la mayor parte del mundo.

Cuatro cosas contiene esta predicción, ó una; y la misma con cuatro circunstancias: la Culebra ó Serpiente; el adelgazarse; el volver á engrosar; y el dominar á los turcos.

En este último estado se ve pintada la Serpiente en las tablillas ó pasillos célebres de Jorge Jordán Veneto, tablilla sexta, donde declaró toda la pintura por estas palabras:

«*Imperatorum Turcicorum capitibus imminet Serpens sese in gyrum revolvens: supra hos vero novi Imperatoris Christiani conspiciuntur, qui extincta Turcarum Monarchia Constantinopoli denuó rerum patientur:* Esto es, que «sobre las cabezas de los emperadores turcos está amenazando y superior la Serpiente enroscándose y dando muchas vueltas; y que del mismo modo se ven pintados sobre ellos los nueve Emperadores Cristianos; los cuales, extinguida la monarquía mahometana, volverán de nuevo á gobernar en Constantinopla».

Añade el mismo autor, que en el sepulcro del mismo Constantino, que hizo imperial la ciudad de Constantinopla y le dió su nombre, se halló lo referido en una lámina de plata. Donde lo que más se debe admirar es, que así estuviese ya escrito ú esculpido cerca de trescientos años antes que saliese al mundo Mahoma.

Viniendo, pues, á la Culebra ó Serpiente, primero adelgazada y engrosada después, y últimamente dominadora de los turcos, es de notar: que de dónde hayan dimanado estas tradiciones entre hombres sin verdadera fe de aquella eterna Sabiduría que sola tiene presente y puede manifestar los futuros, ni aun ellos lo saben con certeza. Mas el mismo Dios que da instinto á la garza para conocer al alcón que la ha de tomar, también lo habrá dado á estos bárbaros. Cuando no digamos que ha sido revelación hecha á alguno de los grandes Santos, cautivos ó libres, que entre ellos vi-

vieron ó padecieron. Pudiendo también ser que la Divina Providencia concurriese para este juicio por medio de la observación de los astrólogos, que en la Arabia principalmente fueron insignes en este arte.

Entre éstos se halla el pronóstico de uno llamado Acán Turulei, que él dejó escrito el año de 1200 en lengua arábiga; en el cual, después de profesarse gran celador de la ley de su falso profeta, le pronostica el fin, diciendo expresamente que será arruinada y destruída por un nacido en los últimos fines del Poniente.

Este Rey, dice, será el castigo del pueblo de Mahoma y azote del pueblo de Ismael; el cual, con el favor de su religión, empezará á perseguir á los moros, echándolos de sus tierras y haciendo grandes armadas contra ellos, y será el estrago que en ellos hará tan grande, que se tendrá por bienaventurada la estéril, viendo perecer los hijos de otras con diferentes muertes.

«La espada cortadora de la Morisma, continúa, estará embotada de suerte que no cortará en aquel tiempo. El Cetro de este Rey será la vara de Júpiter y la espada de Marte; Jerusalén saldrá de la Casa y poder de Ismael, y entrará en ella el Monte Calvario y los Estandartes de Poniente».

Esto dice, y otras muchas cosas del mismo género, el pronóstico de aquel moro, en que concuerda con la opinión y temor de todos. Y yo, con esta última demostración, creo que he descubierto bastantes fundamentos, así á la curiosidad de los que lo quisieren saber, como á la incredulidad de los que lo dudaren; confirmando, como lo prometí, y haciendo cierta, ó cuando menos probable, la contingencia de mi conclusión con la fe de los Históricos, con el discurso de los políticos, con los profecías de los Santos, y hasta con las tradiciones de los mismos mahometanos; concordes todos en que la exaltación de la Monarquía universal del mundo, y extinción de la potencia del Turco, la ha reservado la verdadera Fortuna, que es la Providencia Divina, para las victorias y triunfos de las

Españas y para el establecimiento en ellas del Imperio de Cristo.

Y para que cerremos esta apología con aquella misma llave debajo de la cual tiene Dios encerrados los secretos de sus maravillas, y escritos los nombres fatales de los heróicos instrumentos que destinó para ellas, oigamos el famoso texto que destiné para este lugar, temeroso en los horrores con que comienza, como alegre y glorioso en las felicidades con que acaba.

XII

El Profeta Isaías.

Y ¿qué dice el Oráculo de Isaías en aquel capítulo? En la primera, en la segunda y en parte de la tercera lección, con temerosísima elocuencia describe y amplifica las horrendas calamidades y géneros de muertes con que Dios casi despoblará el mundo, en castigo y expiación de sus maldades, que encarece con el nombre de *locuras*. Particularmente dice que padecerá estos grandes detrimentos *la Ciudad de la Vanidad* (Isai 24. 10): *Attrita est Civitas Vanitatis:* para que vean las mayores y más soberbias ciudades del mundo, á cuál de ellas compete ó puede competer más propiamente la antonomasia de este sobrenombre, tan ajeno de toda razón y juicio.

En suma, afirma el Profeta, que serán pocos los hombres que quedarán vivos (Ibid 6): *Ideo insanient cultores ejus, et reliquentur homines pauci*; y que estos serán tan pocos, como después de vareado el olivar y vendimiada la viña, son pocas las reliquias que escapan de una y otra cosecha (Ibid. 13): *Quomodo si paucae olivae, quae remanserunt, excutiantur ex olea, et racemi, cum fuerit finita vindemia*.

Nótese mucho la consecuencia del texto; porque

después de decir que los hombres que quedarán serán pocos, *Relinquentur homines pauci*; y después de declarar este poco número con la comparación y encarecimiento del olivar vareado y de la viña vendimiada después de la cosecha, *Quomodo si paucae olivae, quae remanserunt, et racemi, cum fuerit finita vindemia*, inmediatamente prosigue diciendo (Ibid. 14, 15 y 16.):

«*Hi levabunt vocem suam, atque laudabunt: cum glorificatus fuerit Dominus, hinnient de mari; propter hoc in doctrinis glorificate Dominum, in Insulis maris nomen Dei Israel. A finibus terrae laudes audivimus, gloriam justi*».

Todo esto, siendo tanto, dice el Profeta que lo harán aquellos, ó estos pocos. *Hi*.

Hi. Estos pocos son los que en loor y honra de Dios levantarán la voz. *Hi levabunt vocem suam, atque laudabunt;* porque ellos serán los soldados del Príncipe, que irá á Lisboa dando grande bramido en todas partes del mundo.

Hi. Estos pocos son los que, cuando Dios fuere glorificado, relincharán del mar, *Cum glorificatus fuerit Dominus, hinnient de mari*; porque como dice San Isidoro, el futuro Emperador universal irá á su conquista en caballos de madera, entendiendo por caballos de madera las naves de su armada. *Clasique immittit habenas*; los relinchos de los cuales caballos serán el estruendo de la artillería, con que atronarán los mares y costas de Levante.

Hi. Estos pocos serán los que glorificarán á Dios, y su nombre en las islas del mar, no sólo con las armas, sino con la doctrina. *Propter hoc in doctrinis glorificate Dominum, in Insulis maris nomen Dei Israel;* porque las islas del mar son las muchas del archipiélago de que está rodeada y como murada la barra de Constantinopla, á donde llevará su derrota la armada Cristiana; y la principal victoria que allí alcanzará, será la de la Fe y Doctrina Cristiana, con que convertirá á Cristo los mismos turcos. Así se ve pintado entre las

tablillas arriba referidas, en la tablilla octava, donde dice la declaración, que vencido el emperador turco por el Emperador Católico, *Divina clemencia, spiritus sui luci, animum ejus illustrante, Christianam Religionem cum omnibus suis amplectetur.*

Esto dice el famoso texto de Isaías, y este será el felicísimo fin de nuestras esperanzas, para el que Dios nos habilitará con los antecedentes castigos, en los cuales perecerán los muchos que el mismo Profeta llama locos: *Insanient cultores ejus*; y quedarán sólo los pocos que tuvieron juicio y obraren con juicio, como hombres: *Relinquentur homines pauci.*

Si este papel hubiera de pasar á las manos de los mismos españoles y portugueses de entonces, les dijera yo que, puestos entre el peligro y la esperanza, en que actualmente nos pone esta profecía, viese y considerase bien cada uno si le estará mejor enmendar las locuras y vivir con los pocos, ó continuar en ellas y perecer con los muchos.

CAPÍTULO XII

ESTUDIO SOBRE EL CUARTO LIBRO DE ESDRAS

CAPÍTULO XII

ESTUDIO SOBRE EL CUARTO LIBRO DE ESDRAS (1)

I

Autoridad del libro IV de Esdras.

La Iglesia todavía no lo ha declarado canónico, por los motivos que más abajo indicaremos; pero siempre ha sido para ella de gran autoridad, como entre otras razones prueban los textos que de este libro tomó para los oficios eclesiásticos.

Del capítulo II, v. 36 y 37, está tomado el *Introito* de la Feria tercera de Pentecostés: *Recibid la alegría de vuestra gloria. Recibid el divino don de vuestra santidad y regocijaos, rindiendo gracias á Dios que os ha llamado al reino de los cielos.* Y en el oficio pascual de Mártires toma también estos textos del mismo capítulo: *Luz perpetua brillará para vosotros por la eternidad del tiempo.—Estos son los que depusieron ya la túnica mortal: ahora son coronados y reciben palmas.*

Además, si la Iglesia no ha incluído este libro en el canon bíblico, no por eso ha fallado que no sea inspirado; hase reducido meramente á suspender el

(1) Tomado de los números 104, 105 y 106 de *Luz Católica*.—Octubre de 1902.

juicio hasta que la oportunidad ó la necesidad reclamen una decisión, como hizo con otros libros canónicos y con muchos dogmas de fe. Entretanto, lejos de rechazarlo, con el libro tercero lo reprodujo cuidadosamente al fin de la Biblia en la mayor parte de las ediciones que de ésta se hicieron hasta el siglo XIX. Casi todos los editores modernos, que en general, atienden sólo al lucro, lo omiten por razones de economía.

S. Bernabé, citado por Dom Calmet en la inconsecuente disertación que hizo contra este libro, admite también su autoridad, dándola al versículo 5 del cap. V *(et de ligno sanguis stillabit)* cuyas son estas palabras: «¿Y cuándo se consumarán estas cosas? Y dijo el Señor: Cuando el leño se inclinare y resucitare, y cuando el leño destilare sangre».

En el Apocalipsis, libro el más sublime de la Biblia, rechazado también por muchos autores antes que la Iglesia lo declarase canónico, hay varios pasajes manifiestamente alusivos á otros de Esdras, como verá claro el que compare los siguientes: Apoc., cap. VI, con Esdr., cap. IV, 35, y siguientes, y con el cap. XV, 8; Apoc., cap. XII, con Esdr., cap. IX, 8 y siguientes; Apoc., cap. VII, con Esdr., cap. II, 38 y 42; y Apoc., cap. XVIII, con Esdr., cap. V y XVI.

«Mejor creo, dice Calmet, que Esdras copiase al Apóstol, que el Apóstol al Pseudo-Esdras».

Alcázar viene á decir lo mismo; pero el incomparable Cornelio á Lapide, después de una larga y victoriosa disertación en favor de este libro, dice lo siguiente:

«Por lo dicho se ve claro que este libro fué escrito antes del Apocalipsis, y por ende, que San Juan en el Apocalipsis alude á él».

Es más; hay así en los libros de uno como de otro Testamento gran número de textos que coinciden con los de Esdras, á veces literalmente, lo cual,

de no suponer que el libro en cuestión es una ficción presuntuosa, da una valiosísima prueba en favor suyo.

Como quiera que sea, muy venerable es la autoridad de un libro cuyos textos canoniza en cierto modo la Iglesia, adoptándolos en su Misal y su Breviario. Esta razón nadie la podrá deshacer.

Pero hay más. Varios antiguos Padres de la Iglesia, así griegos como latinos, elogiaron este libro, sin dudar que fuese inspirado por el Espíritu Santo. Pueden verse entre otros San Ireneo, lib. III, cap. XXV; San Cipriano, Epist, *ad Demetrium;* San Basilio, Epist. *ad Chilonem;* San Clemente Alejandrino, *Strom. lib. 1;* Tertuliano, lib. *de Habitu mulierum, de Proescript. y contra Marcion.* Los que le citan con veneración, sin pronunciarse por su inspiración como los sobredichos, son muchos.

Uno de los que más lo elogiaron y utilizaron como verdaderamente inspirado, fué San Ambrosio. En el libro *de Bono mortis,* cap. 10, n.° 45, fundándose expresamente en este libro de Esdras, prueba que los profanos deben á nuestros libros sagrados lo bueno que hay en los suyos; y en el cap. 11, n.° 51, dice que el Apóstol «no siguió los dogmas de Platón, sino los de Esdras inspirado por el Espíritu Santo; por lo cual, añade, Esdras se ha de tener por muy superior á todos los filósofos». En otras obras viene á decir lo mismo, siempre teniéndole por autor inspirado. Véanse *de Spir. Sancto,* lib. 2; *Orat. in ob. Satyri, cap. 7; y Epist. 38 ad Honront.*

II

San Jerónimo. Objeciones.

Contra todas estas valiosísimas autoridades alegan la de San Jerónimo los impugnadores de Esdras.

En verdad, San Jerónimo no le fué favorable y hasta dijo que no contenía más que fábulas y sueños; pero si hay lógica en el mundo, debe convenirse en que la autoridad de San Jerónimo es nula en este caso; primero, porque su opinión no fué constante; y segundo, porque desconocía el libro de Esdras. Citemos sus propias palabras:

«Ora digas que Moisés fué autor del Pentateuco, ora que Esdras lo restauró, no te lo negaré». *(Adv. Helvid).*

Ahora bien; siendo del IV de Esdras la noticia de esta restauración, síguese que San Jerónimo no negaba la autoridad de dicho libro, impugnando á Helvidio, como la negó impugnando á Vigilancio, á quien decía:

«Tú, Vigilancio, duermes, y durmiendo escribes, y me propones un libro apócrifo llamado de Esdras, leído por tí y y tus semejantes».

Y por muchos más y harto dignos de respeto, perdónenos San Jerónimo; no creemos que sean una bagatela, ni cosas de Vigilancios y herejes, las autoridades de los Padres que hemos alegado. Por lo demás, no es extraño que San Jerónimo escribiera de este modo, dado lo que añade á las palabras citadas:

«*Libro,* dice, *que yo nunca leí.* ¿Qué necesidad hay de tomar en las manos lo que la Iglesia no recibe?»

No lo recibe en cuanto canónico, sobre lo cual ha suspendido el juicio hasta mejor ocasión; pero lo recibe en otros mil conceptos, y hasta lo autoriza copiándole en los oficios eclesiásticos. Si por el mero hecho de que la Iglesia no declare canónicamente inspirado un libro, no debe éste ni siquiera tomarse en las manos, el Máximo Doctor San Jerónimo debía no haber leído nada fuera de la Biblia. Que Vigilancio y los suyos leyesen á Esdras no es razón en contra: todos los herejes leen mucho la Sagrada Escritura y en ella pretenden fundar sus herejías. Tampoco es razón el que este libro sea apócrifo; porque apócrifo tanto vale aquí como *no canónico,* ni más ni menos.

Por apócrifo tuvieron algunos doctores el Apocalipsis, y al fin la Iglesia lo declaró canónico.

Lo que más asombra es que San Jerónimo cerrase de tal modo su juício contra un libro que él mismo confiesa no haber leído. Necesariamente, pues, había de juzgar por lo que del mismo libro leyó en los adversos; pero eso no basta, ni el propio San Jerónimo se contentó con leer á Vigilancio citado en los escritos de otros, sino que muy conforme á lógica, leyó los de Vigilancio mismo y *sólo así* pudo impugnarle como era de ley.

No acabamos de maravillarnos de que el gran Doctor menospreciase así el IV de Esdras porque la Iglesia no lo había declarado canónico. A esa cuenta, no debía haber saludado él á Cicerón, por cuya apasionada lectura le azotó un ángel, según él mismo dice; ni debiéramos nosotros leer, v. gr., la Suma de Santo Tomás, ni la *Imitación de Cristo;* en fin, nada fuera de la Biblia, pues tampoco la Iglesia recibe como canónicos esos libros. ¿Por ventura es necesaria la declaración de canonicidad para que un libro tenga tanta autoridad como los citados ó como Josefo, Tito Livio, San Agustín, el mismo San Jerónimo y otros mil millares de autores?

Entre la canonicidad y la falsedad hay una autoridad media, más ó menos respetable, y esa autoridad reconoce la Iglesia al IV de Esdras, desde el momento en que se apropia sus textos y acoge sus ediciones. Esto es ya una buena preparación para declararlo canónico cuando llegue la oportunidad. Nosotros opinamos que no tardará en llegar, así que acabe de demostrarse á qué época se refiere el libro, pues entonces caerán por su base la oposición de San Jerónimo y de todos cuantos lo han impugnado por no haberlo leído ó comprendido.

San Jerónimo negó la autoridad del IV de Esdras sin dar razones, fiando seguramente en las que daban

otros; pero el caso es que todas las razones que hemos podido hallar contra este libro, resumidas con prevención casi rencorosa por Dom Calmet y desvanecidas por Genebrardo, Cornelio á Lápide y otros notabilísimos expositores sagrados, todas nacen de no entender el libro. Es la misma razón por que algunos negaron la inspiración del Apocalipsis, y equivale á decir: «Yo no entiendo eso; luego eso es apócrifo y falso».

¿Cómo podía ser comprendido el IV de Esdras, cómo no lo habían de tener algunos por fabuloso y ridículo, si no quisieron ver nunca más que una predicción histórica ceñida al pueblo hebreo, en lo que es una profecía que ahora empieza de lleno á cumplirse? Todos los profetas bíblicos son igualmente incomprensibles si los ceñimos al pueblo judaico, como si para él solo y no para la Iglesia de Cristo hubieran profetizado. Esdras narraba proféticamente lo que está sucediendo y va á suceder, descubriendo asimismo lo que sucederá al fin del siglo y del mundo. Querer, pues, que no profetizara sino para el pueblo hebreo, es violar toda lógica.

Si el autor del libro no fué inspirado, si no fué verdadero profeta alusivo á siglos muy distantes de él, fué, en verdad, un majadero, puesto que no supo evitar las incoherencias, falsedades y demás que en él se notan cuando se le reduce á ser mero profeta del antiguo pueblo. Ahora bien; su libro es un prodigio de teología y de filosofía, que parece escrito para confundir á los racionalistas de nuestros tiempos. ¿Cómo, sabiendo tanto, no supo evitar los defectos que tan claramente habían de descubrir su impía ficción? Luego su profecía no se dirige á los sucesos hebraicos, sino á otros principalmente, y por lo tanto es contra toda razón y justicia contradecirle como si sólo á los primeros aludiera.

Repitámoslo: á Esdras se le ha impugnado porque

no se le ha comprendido. El mismo Dom Calmet, no obstante su vasto saber, escribe verdaderas patochadas impugnándole; y tan sin lógica arguye, que de probar algo sus razones, la mayor parte concluirían tanto contra los profetas declarados canónicos como contra Esdras.

A nosotros nos sucedió lo que á San Jerónimo. No habiendo leído sino alguna que otra impugnación, no queríamos perder tiempo en leer el libro; pero como saben ya nuestros lectores, un texto citado por el P. Vieyra nos abrió los ojos hace algunos meses. Leímos entonces á Esdras, lo volvimos á leer, y gracias á Dios, hicimos un juicio muy diverso del que antes teníamos, y después de mucho estudio hallamos en Esdras una plena confirmación de las predicciones publicadas en *Luz Católica*.

Probada ya la autoridad de este gran libro y sin detenernos á desvanenecer objeciones, porque los estudiosos pueden verlas resueltas en Cornelio á Lápide y otros autores, digamos con el último:

«Nada he hallado en este libro que pueda ser tachado de falsedad y no admita un conveniente y verdadero sentido, si pesas bien las palabras... Tiene este libro algunas profecías é historias que ningún otro menciona; pero si alguien no quiere creerlas, al menos suspenda su juicio con la Iglesia; pues de que ningún otro haya escrito una cosa, no se sigue que sea falsa... Tiene este libro documentos doctos, píos, graves é ilustres, que impresionan constantemente al lector con la creciente vanidad y malicia del decreciente mundo, el horror al pecado, el terror de los juicios de Dios, y la memoria del siglo venidero; por todo lo cual se le debe conceder la autoridad correspondiente. Y no es de admirar que hasta hoy no se haya puesto en claro si su autoridad es sagrada ó no, pues eso mismo permitió el Señor sucediese con los libros Deuterocanónicos, y hasta permitió se perdiesen muchos libros de profetas citados en los libros de los Reyes».

III

¿Quién es Esdras?

En otro capítulo veremos qne Esdras es en esta profecía el mismo personaje profetizado: el gran restaurador de la Ley. Pero ¿quién es el personaje en cuestión, cúyo es su nombre, á qué época pertenece? ¿Es nuesttro Esdras el mismo nieto del Sumo Sacerdote Saraías, que estuvo cautivo en Babilonia bajo el reinado de Ciro? ¿Es el contemporáneo de Zorababel y de los profetas Aggeo y Zacarías, que describió el retorno de los judíos á Babilonia en el primer libro canónico que lleva su nombre, y ejerció en Jerusalén la suprema autoridad sacerdotal y política? ¿Es el mismo que según San Ireneo, Tertuliano, Orígenes, San Clemente Alejandrino, San Basilio, San Jerónimo, San Agustín, San Isidoro y otros Padres, rehizo los libros Santos y formó el Canon judaico del Antiguo Testamento? ¿O es más bien un profeta que por inspiración de Dios tomó el nombre del verdadero Esdras, que parece el más conveniente á la índole de su profecía?

En nuestro humilde, pero firme sentir, el Esdras del libro cuarto no es el mismo Esdras del libro primero. Tomó el nombre del verdadero Esdras, no sólo por la semejanza maravillosa que hay entre la época y la misión del uno y las del otro, sino porque el nombre mismo expresa muy bien entrambas misiones, pues Esdras quiere decir *ayuda, socorro, auxiliador*, etc. De suerte que en el libro IV es principalmente nombre de misión el que en el primero es de persona.

Quizá algún erudito delicado halle insostenible nuestro parecer; pero es tan fundado, que entre varios casos iguales, el mismo Esdras real nos ofrece uno. En efecto; según los rabinos, el Abad Ruperto y otros va-

rios Doctores, y sobre todo, según San Jerónimo *(Præfat. ad Malach, et passim in Comment.)*, el profeta Malaquías, duodécimo de los Menores, es el mismísimo Esdras del libro primero. Tomó el nombre de Malaquías para publicar su profecía, porque era muy adecuado á la índole de ella y muy expresivo de la misión del profeta. Malaquías, efectivamente, quiere decir *Angel del Señor* ó *Mensajero del Señor*. El Esdras del libro cuarto lo confirma al fin del capítulo I, nombrando así al último de los Profetas Menores: «Malaquías, que también fué llamado Angel del Señor».

De aquí parece deducirse claramente que nuestro Esdras no es aquel que tomó el nombre de Malaquías, sino otro posterior. Cierto que su genealogía, puesta por él al principio del primer capítulo, parece ser la del primer Esdras; pero, ¿á qué venía tal letanía genealógica, si su objeto no era más que darnos á conocer la cuna del Profeta, cosa bien insustancial para la profecía? Pudiera decirse que lo intentado por él era demostrar su linaje sacerdotal, necesario para el desempeño de la misión que se le confiaba; pero bien lo demuestra el curso de la profecía sin necesidad de más pruebas; y además, esto demostraría que se trata de una persona llamada realmente así y no de un nombre alegórico, lo cual sería dar por sentado sin razones lo mismo que se discute.

Débese, pues, creer que el objeto de la genealogía era otro conforme á la misión del profeta, y en efecto, todos los nombres que cita expresan virtudes indispensables al Esdras protagonista del divino drama de su profecía; todas son necesarias para su misión, y las tuvo, tiene ó tendrá, como veremos más abajo.

Si á pesar de todo se nos objetase que la expresada genealogía no es alegórica en la mente de Esdras, sino una maliciosa ficción para darse importancia con tal origen, como quieren Calmet y otros, diríamos que esto es dar prevenciones é ignorancias por razones,

pues bien podría ser propio de nuestro profeta el nombre de Esdras, ya que hay varios Esdras distintos del autor del libro primero, y probablemente algunos descendían del mismo. Tanto es así, que algunos escriturarios tienen por opinión probable que el Esdras del tiempo de Ciro no es el Esdras del tiempo de Artajerjes Longimano, y aun los Macabeos (lib. II, VIII, 23) nos hablan de otro Esdras.

Si realmente los dos primeros son distintos, casi podría asegurarse que el autor del libro IV es el segundo Esdras, y que este mismo es el confeccionador del libro de Nehemías, llamado segundo de Esdras; porque leyendo con atención el capítulo XII de dicho libro, convéncese uno de que el verdadero autor no es Nehemías, sino otro que aprovechó en el libro las memorias de Nehemías, y en el texto no parece este otro el primer Esdras. Así, pues, no sería infundado opinar que el primer libro de nuestro Esdras sea el de Nehemías, y el segundo el que ahora se llama cuarto, perteneciendo los otros dos á otros Esdras. Ello es que el *cuarto* empieza así: «Libro *segundo* de Esdras profeta».

Como quiera que sea, ora se diga que el Esdras del tiempo de Ciro y el del tiempo de Artajerjes son uno mismo, ora que son diferentes, las épocas y los hechos de entrambos son tan semejantes, que autorizan para entenderlos de un solo sujeto; y al mismo tiempo hay tan acabada semejanza entre aquellos hechos y épocas y los del hombre reparador anunciado por el cuarto de Esdras, que siendo dicho hombre el profeta mismo según veremos, bien pudo llamarse Esdras por la misma razón porque Esdras se llamó Malaquías.

Si con todo esto y mucho más que dijéramos no llegaríamos á descubrir la verdadera personalidad de nuestro Esdras, no por eso es lógico tener por no inspirado su libro, pues algunos hay en la Biblia cuyos autores nos son desconocidos.

He aquí ahora, sucintamente narrados, los hechos

del ó de los Esdras á que antes nos hemos referido; y para mejor efecto, traduciremos á dos autores franceses adversos al IV de Esdras.

«Ilustrado Esdras por su piedad y su celo por la observancia de la ley de Dios, estaba perfectamente instruído en los divinos preceptos; *Preparó su corazón para investigar la ley del Señor y practicarla y enseñar al pueblo los preceptos y juicios de ella*. (I Esdr. VII, 10). En estas disposiciones volvió de Babilonia á Jerusalén para restablecer allí la religión en toda su pureza. Habiendo merecido por su buena conducta la estima del rey Artajerjes, obtuvo de él plenos poderes para restablecer en su pueblo jueces y gobernadores, á fin de hacerle entrar en el conocimiento y la práctica de los preceptos de la ley. Trabajó en esta empresa con un ardor extraordinario y una humildad profunda, recurriendo á la oración y las lágrimas para obtener de la divina misericordia el espíritu de penitencia para sus hermanos. Muchos autores antiguos creyeron que los ejemplares del Viejo Testamento fueron todos quemados con el templo por los caldeos, y que Esdras, inspirado por Dios, restableció después de memoria toda la Escritura; pero esta opinión es absolutamente insostenible. La verdad es que Esdras reunió todos los Libros santos que, si bien reconocidos ya por divinamente inspirados, no habían formado nunca un solo cuerpo, y los hizo aceptar á toda su nación como canónicos». (HURÉ: *Dictionnaire universel de Philologie sacrée*, artículo *Esdras*).

«Se ha dicho que él tuvo la parte principal en la revisión y compilación de la mayor parte de los libros de la Escritura; que los retocó, hizo algunas ligeras enmiendas, los redactó y los puso en el estado en que los tenemos hoy. En verdad, siendo Esdras muy instruido, muy celoso, muy solícito en restaurar los antiguos monumentos escritos de su nación, y por añadidura lleno del espíritu de profecía, es muy probable, en efecto, que trabajó mucho en restaurar los Libros santos y componer el Canon formado por veintidos libros del Antiguo Testamento, que son los reconocidos hoy por los hebreos». (A. F. JAMES: *Dictionnaire historique, etc., de la Bible*, artículo *Esdras*).

Esdras fué verdaderamente el restaurador de la Ley, de la ciudad y del Templo. Léase su historia en los expositores, y se verá que, por donde quiera se examinen sus hechos y su época, guardan una inalterable relación con los del Esdras del libro IV, res-

taurador de otra ley, de otro templo, de otro pueblo... Al primer Esdras dieron los judíos los títulos de *Escriba veloz y Príncipe de los doctores de la Ley,* no sólo por lo mucho que escribía y enseñaba de Escritura y Tradición, sino por su vasto saber en otros ramos; y el del libro IV ni sabe menos, ni escribe menos, ni enseña menos, como lo prueba especialmente el capítulo XIV.

Por último, al gobierno y magisterio de Esdras sucede el de Nehemías, en cuya persona, como dicen San Jerónimo y otros, se ve una hermosa figura de Cristo gobernando la Iglesia; y al gobierno y magisterio de nuestro Esdras sucede el verdadero gobierno y magisterio de Cristo en la cuarta generación del mundo. Aquel Esdras hace entrega del gobierno á Nehemías, figura de Cristo, y este Esdras, según varios profetas, hará la misma entrega en Jerusalén á Cristo, Rey de todos los que gobiernan.

¿Quién, por lo tanto, se maravillará de que el profeta del cuarto libro, que es el mismo protagonista de él, tome el nombre de Esdras, y más cuando es por divina inspiración? En virtud de tantas analogías, pudiera opinarse que es uno solo el Esdras del libro primero y el del cuarto; pero además de las razones expuestas y de otras que por brevedad omitimos, hay una más en contra, y es la siguiente:

El autor del libro IV no toma el nombre y la personalidad del antiguo Esdras para atribuírselos á sí mismo sin relación á otro; tómalos porque representa á un Esdras de nuestros tiempos, á quien se refiere toda la profecía. Este Esdras moderno es el verdadero protagonista de la narración profética, no el autor, que es mero profeta y representante de aquél. Trasládase el autor á nuestros tiempos, escribe como si en ellos viviera, habla como si fuera el nuevo Esdras, á quien mil profetas posteriores llaman Gran Monarca; y todo esto de tal suerte, que el Gran Monarca podría

quizá apropiarse todo el libro como si á él hubiera sido revelado.

No hacemos estas afirmaciones á la ligera: dejámoslas ahora sin sus pruebas correspondientes porque pertenecen á otro artículo; pero cuando éste llegue las daremos, y parécenos que dejaremos bien sentada la afirmación de que Esdras se traslada á nuestros tiempos como si en ellos y no solo para ellos profetizara, representando al gran hombre que en estos tiempos debe aparecer.

IV

Sinopsis del IV libro de Esdras.

El libro IV de Esdras anuncia una revolución, considerándola especialmente en un reino; descubre los motivos religiosos, morales y políticos de ella; ocúpase del desenlace de la misma, para el cual se valdrá la Providencia de un hombre que devolverá la paz al mundo y lo regenerará con Dios y para Dios.

Los castigos que anuncia son tales, que el mismo Esdras no se los puede explicar, y para comprenderlos va estudiando los misterios de la divina Providencia en el gobierno del mundo, hasta que la inspiración divina se los descubre por medio de un ángel; pero aunque Esdras presenta al ángel como si en el lenguaje material le hablase, entendemos que es por mero estilo profético, no porque el ángel se le apareciese ni le hablase. Sabía Esdras que Dios nos inspira por medio de los ángeles, y desde el momento en que se veía inspirado, sabía que un ángel hablaba espiritualmente á su inteligencia, aunque él no lo viese ni oyese. Varias veces, en efecto, es el Señor quien le habla y él al Señor, en medio de sus diálogos con el

ángel. Así lo vemos también en casi todos los profetas canónicos.

Dicho se está, pues, que este libro, aun humanamente considerado, es una maravilla teológica y filosófica donde puden aprender muchísimo los mayores sabios; ya hemos visto que, según San Ambrosio, Esdras debe ser puesto muy por encima de todos los filósofos. Muchos de sus pasajes parecen escritos expresamente para confusión del racionalismo, del deísmo y del naturalismo todo.

Siendo su objeto principal anunciar la restauración y los castigos providenciales que deben precederla y conducir los hombres á ella, antes de la herida muestra el bálsamo que ha de curarla, antes de la ruína describe la gloria de la reparación, como diciendo á los lectores:

«Terribles acontecimientos tengo que anuciaros; mas á fin de que no desmayéis, sino que esperéis firmemente en el Dios que de esos males sacará bienes inmensos, os descubriré ante todo la bienandanza y la gloria que á tantos males seguirán».

En efecto; después de expresar en el capítulo I las causas por que Dios retira del pueblo de Israel su especial protección y la da á un pueblo venidero, anuncia en el II la gloria de este pueblo; mas siendo esta gloria, con ser tan grande, una débil muestra profética de lo que será la que venga después del Anticristo, ó sea la de la *cuarta generación* (1), á ésta conviene especialmente la segunda parde de dicho capítulo. Esta dilatación de sentido es inherente á todas las grandes profecías históricas de la Biblia; referíanse los profetas al pueblo israelítico y al pueblo cristiano, y aun de éste referíanse á varias épocas en un mismo texto.

Esdras recibe de Dios mismo la misión de anun-

(1) Véase sobre este particular el estudio que con este título publicamos en el número 37 de *Luz Católica*.

ciar estas cosas; pero son tan extraordinarias, que sus compatriotas no le creerán. Dice así:

«Yo, Esdras, recibí del Señor en el monte Oreb la orden de ir á hablar á los hijos de Israel; y *así que me presenté á ellos, me reprobaron y despreciaron el mandato del Señor»*. (II, 33).

Ya hicimos notar en la página 1.017 del primer tomo de *Luz Católica*, que el monte Oreb, sin *h*, no es el Horeb donde el Señor habló á Moisés desde la zarza en llamas. Oreb recibió este nombre de un madianita que así se llamaba y fué muerto allí por los hijos de Israel, y cuyo múltiple significado conviene á lo que pasa en nuestros días.

Los que pretenden, como Dom Calmet, que Esdras no pudo ir al tal monte en la época de su profecía, no tienen presente que Esdras emplea ese y otros muchísimos nombres en sentido metafórico, no real, pues de esta suerte expresa con sola una palabra lo que ocuparía largos capítulos si hubiera de expresar las cosas á la letra; con lo cual perdería una de las principales notas de la profecía, que es la *concisión* ó *compresión*, según largamente probamos en el número 59 de la misma revista.

Tales metáforas son comunísimas en los profetas, por la abundancia de sentidos que tienen. A quien tratase de impugnar á Esdras á lo Calmet, preguntándonos por qué dice que fué á un monte á donde en realidad no fué, nosotros le preguntaríamos, v. gr., por qué Isaías dice que Jesucristo viene de Edom con los vestidos teñidos de Bosra.

Ocasión tendremos de ver por qué Esdras dice que recibió el mandato del Señor *en el monte Oreb*. Lo que ahora importa retener es que sus compatriotas le despreciaron, por lo cual se va de los judíos á las gentes y les habla así:

«Por lo tanto, á vosotros digo, gentes, que oís y entendéis, esperad vuestro Pastor; él os dará el descanso de la eternidad: porque muy cerca está ya aquel que debe venir al fin del siglo.

Preparaos para recibir los premios de su reino, porque brillará para vosotros una luz perpetua durante la eternidad del tiempo». (II, 34, 35).

No obstante la incredulidad de su pueblo, y después de decir á grandes rasgos cuáles serán aquellos premios y aquella luz, termina el capítulo con estas palabras:

«Entonces me dijo el ángel: Ve y anuncia á mi pueblo cuántas y cuáles maravillas del Señor Dios has visto».

Tal es el argumento del libro, expuesto en dos capítulos que le sirven como de prólogo. El verdadero hilo de la narración profética empieza con el capítulo III.

V

Motivos de la revelación y misión de Esdras.

Poco necesitamos decir por cuenta propia en este capítulo; el ángel nos lo da casi hecho, por lo cual no es menester sino traducir los pasajes relativos al asunto.

Esdras se lamenta á su Dios con gran dolor por la ruina de Sión en castigo de los pecados de sus hijos, y orando pregunta por qué éstos han de ser más castigados que los de Babilonia, siendo así que los últimos han ofendido á Dios mucho más que los primeros. El ángel Uriel *(fuego de Dios)* acude á instruírle y entáblase entre ellos un diálogo, del que ahora nos importa retener lo siguiente:

—«Tu corazón, dícele el ángel, ha sobrepujado á todos en este siglo y tratas de comprender las vías del Altísimo.

—»Así es, Señor mío, responde Esdras.

—»Pues yo he sido enviado para enseñarte tres caminos y proponerte tres semejanzas. Si aciertas á explicarme una de ellas, yo te demostraré la vía que deseas conocer y te descubriré de dónde viene el corazón maligno...»

Sigue proponiéndole una serie de misteriosísimas dificultades, y luego observa Esdras, como si hablara con Dios:

—«Ruégote, Señor, que se me dé sentido de inteligencia; porque yo no he querido preguntar acerca de tus superiores arcanos, sino acerca de las cosas que pasan cada día por nosotros. ¿Por qué Israel ha sido dado en oprobio á las gentes? Entregado fué á tribus impías el pueblo que amabas; la Ley de nuestros padres ha sido llevada á la destrucción y las disposiciones escritas ya no existen. Y nosotros vamos pereciendo como langostas, y nuestra vida es estupor y pavor, y no somos dignos de conseguir misericordia. ¿Qué hará el Señor en honor de su Nombre que ha sido invocado sobre nosotros? Estas son las cosas por que he preguntado.

—»Si prosiguieres investigando mucho, con frecuencia quedarás admirado; porque este siglo va pasando aceleradamente y no puede traer consigo las cosas que á los justos están prometidas para otros tiempos, pues está lleno de injusticias y defecciones. *(Cap. IV).*

»Si continúas orando... Yo te descubriré cosas mayores. Porque el Altísimo ha escuchado tu voz; el Fuerte ha visto la rectitud con que en esto procedes y la honestidad que observas desde tu mocedad, y en virtud de ello me ha enviado á revelarte estas cosas y decirte: Confía, no temas, ni por apresuramiento vengas á pensar cosas vanas con los primeros tiempos, exponiéndote á separarte del conocimiento de los tiempos novísimos. *(Cap. VI).*

»En esto eres digno de consideración ante el Altísimo; en que te humillaste como correspondía, y no te juzgaste digno de ser muy glorificado entre los justos. Porque no se hace así hay muchas miserias y habrá muchos miserables entre los habitantes del siglo en los tiempos novísimos, porque andan con mucha soberbia; mas tú procura entender las cosas que te atañen, é inquiere la gloria de tus semejantes». *(Cap. VIII).*

—«No me abandones, Señor, para que no muera inútilmente; porque he visto lo que no sabía y oigo lo que no sé. ¿Por ventura mi sentido me engaña? Te suplico demuestres á tu siervo el significado de estas visiones.

—«Oyeme y te enseñaré, y te hablaré de lo que temes, porque el Altísimo determinó revelarte muchos misterios, habiendo visto recto tu camino y que sin intermisión te entristecías por tu pueblo y llorabas por Sión. Viéndote contristado el Altísimo y padeciendo de todo corazón por ella, te mostró la claridad de gloria de la misma y el resplandor de su

hermosura. No temas, pues, no se turbe tu corazón... Eres privilegiado entre muchos y acogido en presencia del Altísimo como pocos. *(Cap. X)*.

»Abandonaste la ley de tus fines particulares y te consagraste á la mía. Dispusiste sabiamente tu vida y tomaste por madre tu recto sentir. Por eso te mostré el premio que te concede el Altísimo». *(Cap. XIII)*.

A pesar de todas estas alabanzas, Esdras no es un santo consumado: tiene sus defectos, quizá muchos defectos y muchos pecados; pero es de saber que el ángel no le elogia en todos conceptos, sino sólo en aquellos que se refieren á los motivos de la profecía y á las disposiciones para cumplir su misión. Así es que en más de un capítulo le amonesta y corrige, y en el XVI lo hace con palabras como estas:

«Ahora, pues, dispón tu casa, y reprende á tu pueblo, y consuela á los humildes de él, y renuncia ya á la corruptela, y echa de tí los cuidados humanos, y desnúdate ya de tu flaca naturaleza, y deja á un lado tus mortales pensamientos, y apresúrate á salir de estos tiempos; porque aun harán cosas peores de las que has visto, pues cuando más caduco por su vejez se hace el siglo, tanto más los males se multiplicarán sobre sus habitantes; la verdad se ha retrasado y ha venido la mentira; ya está cerca la hora de cumplirse tu visión». *(Cap. XIV)*.

Los capítulos siguientes confirmarán y aclararán algunos de los anteriores conceptos.

VI

Períodos de la revelación de Esdras.

Divídese esta gran profecía de Esdras en siete períodos que parecen tener alguna analogía con los misteriosos sietes del Apocalipsis. Casi todos los períodos comprenden siete días; pero es muy aventurado decir si se trata de días naturales, de semanas,

de meses ó de años, como se ve con frecuencia en los profetas: lo más probable parece que sean semanas.

El **primer período** empieza en Babilonia, donde se halla Esdras con los demás judíos cautivos lamentando la ruina de Sión; pero tenemos por cierto que aquí, el sentido principal de Sión y Babilonia no es el literal propio, sino el metafórico, ó sea la Babilonia del Apocalipsis y la Sión del Catolicismo, especialmente el de la Tradición española (1); el Profeta se traslada á nuestros tiempos, según veremos más abajo, bien que toma los nombres de los lugares y tiempos en que escribió sus revelaciones. Pongan nuestros lectores mucha atención en las fechas y en el sentido de las palabras.

«El año trigésimo de la ruina de la ciudad estaba yo en Babilonia, y me conturbé estando acostado en mi dormitorio, y mis pensamientos dominaban mi corazón, porque ví la deserción de Sión y la abundancia de los que habitaban en Babilonia». (III, 1, 2).

Desde este pasaje hasta el versículo 13 del capítulo V va examinando el Profeta cuál es la causa de que Sión haya sido castigada con mucho más rigor que Babilonia, habiendo pecado ésta mucho más que aquélla. Un ángel reprende su exceso de curiosidad; pero le ilustra en lo que desea saber y le anuncia todavía mayores castigos.

Para obtener la gracia de conocer tan profundos arcanos, Esdras se ha preparado con siete días de oración y penitencia, como consta del cap. V, 13, y del VI, 35; pero Dios quiere revelarle mayores cosas, por lo cual le dice el ángel:

«Estas son las señales que me es permitido decirte; pero si sigues orando y llorando como ahora, y ayunares siete días, oirás cosas mayores». (V, 13).

Así lo hace Esdras, y con esto empieza el **segun-**

---

(1) Hemos dado varias pruebas de este punto, y desde el número 77 de *Luz Católica* nos lo demostró el Mtro. Salazar.

do período y le sigue la segunda revelación, la cual versa sobre los misterios de la anterior, que son los del gobierno de la divina Providencia; pero elevados á un grado más sublime que en la primera revelación. El ángel responde á sus preguntas y le va iniciando gradualmente en la ciencia de la economía de Dios acerca de los castigos que se acercan y del premio que á ellos seguirá, y luégo le dice:

«He venido á señalarte el tiempo de la noche venidera. Por lo tanto, si otra vez ayunas y oras por espacio de siete días, yo á mi vez te descubriré cosas aun mayores, hablándote del día que oí». (VI, 30, 31).

Esto es, del terrible tiempo de castigo y de misericordia que Dios me ha dado á conocer.

Esdras ora y ayuna como el ángel le recomienda: este es el **tercer período** y síguele la tercera revelación. Versa también acerca del gobierno de la Providencia; pero hay puntos elevadísimos no tocados en las anteriores, señaladamente sobre la predestinación y la misericordia con que Dios castiga y premia. Comprende esta revelación dos capítulos enteros y la mitad de otros dos, alternando, como en las otras, las preguntas y dificultades de Esdras con las respuestas del ángel, quien acaba la revelación diciendo:

«Si tú añades siete días más, pero sin ayunar en ellos, irás á un campo de flores, donde no hay casa edificada, y comerás solamente flores del campo, y no probarás la carne ni beberás vino, sino sólo flores; orarás al Altísimo sin intermisión, y yo vendré y te hablaré». (IX, 23, 25).

Partió, pues, Esdras al campo de Ardath (1); he aquí el **cuarto período,** cuyo séptimo día pasado, Esdras tuvo una visión en que se le apareció Sión en figura de matrona desolada por la pérdida de su hijo,

---

(1) De las palabras hebreas *ar*, esto es, despertamiento, vigilancia, solución, desenlace, etc.; y *dath*, que ya significa ley, ya país lleno de fuentes. Noten bien nuestros lectores estos significados de la palabra *Ardath*.

y luégo esta matrona se convirtió en ciudad esplendorosísima; pero Esdras no descubre que la mujer y ciudad sean imagen de Sión, hasta que se le presenta el ángel y se lo dice. No olviden nuestros lectores lo que aquí se entiende por Sión.

No siendo, pues, esto revelación acerca de los sublimes misterios del gobierno divino, sino visión acerca de un hecho concreto religioso-político, cual es la desgracia y reparación de lo que Sión representa, no fué menester que Esdras ayunase y llorase, bien que todavía se le impuso una misteriosa abstinencia. Al ver la desolación de la mujer, que llora por su hijo, Esdras la reprende, no sabiendo quién es, y dícele que harto más justo fuera llorar como todo el pueblo por la común desgracia, que por un hijo muerto cuando éste iba á casarse, ó como quien dice, *á triunfar*... Es muy notable esta visión después de las revelaciones sobre la economía de la Providencia. En otro artículo volveremos á ello. Pásase á otro período y á otra visión con estas palabras del ángel:

«Permanecerás aquí (en el campo de Ardath) durante la noche que siga al día de mañana, y el Altísimo te mostrará las visiones de las cosas supremas que hará en los que habitan sobre la tierra desde antiguos días». (X, 58, 59).

Este es el **quinto período,** el más corto, y en que no se le manda orar ni mortificar el cuerpo; porque no se trata ya de revelarle grandes misterios para que comprenda y explique las causas de la ruína y reparación de Sión, sino de descubrirle por una visión la historia política de los reyes de una nación hasta el último, que es quien debe repararlo todo.

Tal es la visión de la monarquía en figura de águila, explicada y comentada por *Luz Católica* desde el número 81 al 87. Abraza esta visión el capítulo XI y casi todo el XII de Esdras. Tampoco éste la ha comprendido; pero se la explica el ángel, y después le dice: